

Mi abuelo

Merced Ontiveros

Mi abuelo era un hombre alto y fuerte. Aún a sus 70 años medía 1.85 metros de estatura y la fuerza que proyectaba no provenía de un cuerpo corpulento sino de sus huesos grandes y largos. Era de piel blanca y ojos aceitunados, aunque la piel del cuello y rostro había tomado un tono cobrizo de tanto estar expuesta al sol.

De carácter tranquilo, hablaba poco y sonreía menos. Sus movimientos eran pausados, su caminar de pasos largos y firmes. Parecía vivir la vida sin prisas. Nunca lo vi hacer su trabajo de manera apresurada ni apurar a alguien para hacerlo.

Parecía un sobreviviente de otros tiempos. Llamaba a las cosas con nombres antiguos. En una ocasión me pidió que le trajera la luna y un rastrillo porque se iba a rasurar. ¿Cómo que la luna? Protesté. Y él me dijo: “El espejo, pues, para que me entienda”. Así, el “estramador” era el peine, “el catre” la cama, “el taja-sajo” la carne. Se resistía a rebautizar el mundo con palabras nuevas.

Sus manos eran grandes y alargadas. En la palma tenía la piel muy gruesa y áspera, por el rudo trabajo en el campo. A veces le salían grietas en los dedos, sobre todo cuando tejía los cabrestos, que eran unas sogas que se hacían con las crines que se cortaban de las colas de los caballos. En la noche, cuando llegaba a casa, ponía sus manos a remojar un buen rato, luego las lavaba con jabón amarillo, las secaba y me pedía que le curara las grietas con unto de víbora y cerato. Yo hacía aquello con mucho cuidado, disfrutando la tibieza de sus manos y la envidia de mis hermanas. Cuando ellas protestaban, mi abuelo les decía: Ustedes todavía no saben, Nely es la más grande. Yo lo escuchaba poniendo una cara muy, pero muy juiciosa para no desmentirlo.

En el rancho casi todos los hombres usaban sombrero. Mi abuelo no era la excepción, nunca salía de la casa sin ponérselo. Una vez, en plena madrugada, le avisaron que se estaban quemando los corrales. Todos nos despertamos alarmados. Yo corrí a darle sus pantalones, pero él se levantó de un salto, se puso el sombrero, jaló el sarape con el que estaba tapado y salió como alma que lleva el diablo, únicamente con la ropa que usaba para dormir. Me quedé con los pantalones en la mano.

Cuando salí a ver cómo apagaban el incendio, vi a los hombres en ropa interior, luchando por apagar el fuego con sus propias cobijas empapadas en agua. Algunos tenían sus botas puestas, otros iban descalzos, algunos en calzones largos, otros en calzones cortos, pero ninguno olvidó su sombrero.

Cuando pasó el susto le dije a mi abuelo:

—Abuelito, usted ni los pantalones se puso.

—Es que con el apuro ni me acordé m'ija.

—Pero eso sí, muy de sombrero —dije ya sin poder aguantar la risa.

—¡Pero qué muchachita caraja esta! No se esté riendo de su abuelo.

Y luego me dio un cariñoso sombrero en la espalda, que para eso también le servía el sombrero: para hacerles cariños a sus nietas.

Había entre mi abuelo y su sombrero una cierta simbiosis emocional que yo entendía a la perfección. Cuando algo preocupaba a mi abuelo, yo lo sabía porque tomaba el sombrero en sus manos y lo miraba pensativamente. Mientras lo cambiaba de posición, parecía estar considerando diferentes ángulos de la situación que le preocupaba.

Aunque mi abuelo quedó viudo desde que mamá tenía seis años, nunca volvió a casarse. Sin embargo más de una vez lo vi saludar de lejos a alguna señora guapa llevándose la mano al ala del sombrero e inclinando ligeramente la cabeza. Creo que ese gesto quería decir: "Señora, con el debido respeto, cómo está usted guapa". Todo ello sin despegar los labios, y lo que es más: sin siquiera acercarse a la dama.

Por la sonrisa con la que ella le correspondía, no me cabe la menor duda de que se daba por enterada.

Cuando íbamos a misa se quitaba el sombrero a la entrada de la iglesia y después se persignaba con absoluta devoción. Al fallecer su amigo de toda la vida, lo vi hacer lo mismo en el umbral de la habitación donde estaba el cuerpo; luego se dirigió a grandes trancos hacia una silla cercana al ataúd y permaneció allí por horas, con la mirada clavada en el fondo de la copa de su sombrero, como si ésta fuera un abismo profundo.

Se quitaba el sombrero ante la muerte, pero también se lo quitaba ante la vida cuando cargaba en sus brazos a las nietas recién nacidas.

Mi abuelo siempre me pareció un hombre fuerte, cabal, noble de corazón, respetuoso y sincero. Se llamaba Merced, pero para nosotros era “mi papá Chelele” como le decía trabajosamente mi hermana pequeñita.

Él falleció cuando yo tenía 11 años. Estaba tendido en su “catre”. No dormía en cama, pues decía que así no extrañaba las comodidades cuando salía a acampar. Tenía puesta la ropa que le gustaba ponerse los domingos: (“Dame mi ropa de salir”, le decía a mi mamá) camisa blanca de corte vaquero y de remaches (odiaba las camisas con botones) pantalón del mismo corte en café oscuro y el cinto de cuero con sus iniciales grabadas. No tenía puestos sus botines, sino unos calcetines cafés.

—Le falta su sombrero —le dije a mi mamá.

—Hija, no seas ocurrente ¿Cómo le vamos a poner sombrero?

—Pues no se lo pongan en la cabeza, pónganselo en las manos.

—¡Ah, pero cómo eres terca! Acércate sin hacer ruido y pónselo tú, pero mucho cuidado, no vayas a tirar una veladora.

Busqué el sombrero, me acerqué despacito y lo dejé encima de sus manos entrelazadas. Cuando rocé su piel no sentí la tibieza de siempre, sino una frialdad que trepó por mi brazo y llegó a mi corazón paralizándolo. Las lágrimas no me dejaban ver las veladoras en el piso y temí tropezarme con una de ellas, así que



me quedé allí parada hasta que mi mamá se acercó y me acompañó de regreso.

Sepultamos a mi abuelo con su sombrero. Me gusta imaginarlo a las puertas del cielo, quitándoselo respetuosamente al traspasar el umbral.

